

## Confinamiento

A partir del 19 de marzo, nuestra comunidad se vio forzada a un confinamiento que redujo al mínimo las relaciones con el exterior. Solo vino a trabajar a tiempo parcial nuestro cocinero y en un espacio restringido; le encargamos de las compras y de las ventas de vino. El ritmo de nuestra vida monástica -Liturgia de las Horas, lectio divina, trabajo- se ha mantenido en un marco que nos ofrece mucho espacio y se abre a amplios horizontes, esto ha hecho nuestro encierro menos duro que el de la mayoría de la gente.

El punto más penoso de este tiempo especial fue la ausencia de una celebración eucarística durante más de dos meses. Todos los días asistimos a una Misa televisada y en dos ocasiones: Vigilia Pascual y Dedicación, organizamos una Liturgia de la Palabra. No se trata de decir en dos líneas cómo afectó a cada Hermana esta privación, estimulándola a la solidaridad con los que no pueden acceder a la Mesa Eucarística, llevándola a redescubrir el don inmerecido del Pan de Vida y también a revalorizar la Eucaristía vivida que es la vida monástica. Ésta adquirió una nueva densidad al paralizarse la vida alrededor de nuestra colina e incluso sobre nuestras cabezas, al cesar el tráfico aéreo. “Silencio en el cielo”, cargado de preguntas sobre lo que de golpe cayó sobre nosotras, como dijo el Papa Francisco, un silencio de compasión por el mundo en peligro. De todas partes nos llegaban mensajes, llamadas telefónicas y gente que venía a nuestra iglesia a orar. Abrimos desde las 10 a las 17 horas.

El confinamiento tuvo - y sigue teniendo - su impacto en la vida económica de la comunidad: la acogida de huéspedes y las ventas de vinos han disminuido. La fabricación y venta de hostias se resintió por las restricciones impuestas a la liturgia. También en esto nos solidarizamos con nuestro mundo y esperamos beneficiarnos de la ayuda que el Estado otorga a quienes han sufrido pérdidas económicas.

Tras el confinamiento supimos cómo el virus, que creíamos haber mantenido a una distancia prudencial, nos ha pasado rozando... Cuando el párroco de nuestra parroquia regresó para celebrar en Géronde, nos dijo: “Cuando vine el 18 de marzo, no me encontraba muy bien y durante la misa tuve mucho cuidado. Por la tarde, sintiéndome muy mal, fui al hospital y di "positivo". No solo estuve enfermo durante tres semanas, sino que le transmití el virus a mi madre, que se vio particularmente afectada. Es evidente que el Señor os ha protegido para que podáis cumplir vuestra misión de alabanza e intercesión”.